

ERA la primera vez que iba a subirse a un avión. Acomodó la almohada, dio media vuelta sobre la cama y cerró los ojos. Los pensamientos se turnaban incansables emocionándola con preocupación. Miró el reloj y vio que los minutos pasaban con lentitud. “¡Oh Dios mío, tengo que dormirme!” dijo en voz alta, aguzando la mirada, girando el cuerpo e incorporándose con pesadez. Observó la mesa de noche y vio el libro de Noah Gordon. Deslizó el dedo pulgar sobre el lomo fino de las hojas y quitó el marcapáginas. Leyó hasta que los párpados se le plegaron y las letras se desdoblaban revoltosas una sobre otra encima del papel. Extendió el brazo largo buscando el borde de la mesa mientras rezaba un padrenuestro y se dejó caer despacio sobre la cama. Estiró la cobija, se cubrió los hombros y se durmió.

El despertador sonó a las cinco de la madrugada. Abrió los ojos con perplejidad, aunque la emoción del viaje la hizo levantarse con prontitud. Era de noche,

pero el sonido de la mañana aleteaba en el borde de la ventana. Rápidamente se duchó, se puso un *blue jean* ancho, una camiseta de algodón, un saco azul oscuro y sus tenis blancos Reebok. Soltó con suavidad el lazo fucsia que le sujetaba el pelo en un moño alto y, con los dedos, desenredó la larga cabellera tejiendo una trenza larga y gruesa que dejó caer de lado sobre el hombro izquierdo. Se observó de cuerpo entero en el espejo, tendió la cama y bajó a desayunar cantando la canción “No woman, no cry” de Bob Marley.

Salieron muy temprano de Sylvania pensando en la hora pico y en el atasco de autobuses al entrar a Bogotá. Don Antonio condujo rápido y con precaución. Manuela imaginó ese inmenso mar de siete colores que la tía Emma había pintado en un cuadro de lienzo que colgaba de una de las paredes de la sala comedor en la casa de sus padres. “No se le olvide abrir bien los ojos, mijita, porque es el mar más azul profundo que he visto en toda mi vida”, le dijo antes de salir, haciéndole la señal de la santa cruz sobre la frente. El viaje fue tranquilo. El sonido de la velocidad de los camiones y el rugir de las flotas rozando la carretera la adormilaron. Pasaron por Subia, Granada y Soacha; luego, desviaron por la autopista Sur hacia la capital. La vía, completamente despejada, facilitó el tráfico.

La carretera se estiró como si estuviera despertando de un buen sueño, pero al entrar a la ciudad se encogió de hombros, ralentizó el paso y colapsó. Un ca-

mión de cerdos volcado sobre la vía principal causaba una retención vehicular que retrasó más de una hora el tráfico. Los segundos corrieron y la larga fila apretó el tiempo; parecía que todos los buses, las busetas, los camiones, las tractomulas y los automóviles iban en la misma dirección. Pequeñas gotas de sudor se amontonaron en la frente del conductor, que comenzó a desesperar.

–Niñas, ¿exactamente a qué hora sale el vuelo?  
–preguntó con nerviosismo.

–Tranquilo, papá. Tenemos tiempo. El avión no se va a ir sin nosotras –dijo Ana Manuela, esbozando una sonrisa de complicidad con su hermana mayor.

Aún quedaba un largo trayecto hasta el aeropuerto. Las jóvenes charlaban con desparpajo sin pensar en el trancón, observando el tráfico más por curiosidad que por desvelo e imaginando las playas de San Andrés. La prima Araceli –Ari, como le decían cariñosamente– miró el reloj con preocupación. “Chicas, guarden aquí muy bien sus papeles”, les dijo, entregándole a cada una un bolso canguro. Ari llevaba viviendo varios años con la familia Martínez y quería a las niñas como si fueran hijas suyas. Por eso, les regaló un viaje al Caribe colombiano; a Ani, por su graduación, y a Mar, por su cumpleaños.

Subieron las escaleras del avión y entraron con rapidez buscando el número de las sillas. Ani acomodó el morral debajo de su asiento y se sentó al lado de la

ventana, junto a Mar, viendo a la gente que intentaba guardar desesperadamente el equipaje de mano en los compartimentos superiores. Un cimbreado sonido de aleteo la hizo mirar hacia la ventana: “¡Ayyy!, una mariposa negra!”, gritó con terror, levantándose intempestivamente del asiento. El insecto revoloteó con desesperación atrapado en la ventana del avión, mientras Araceli le golpeaba las alas con la revista *Cromos*, que llevaba en una de las manos. Martha se encogió de hombros tratando de esconder la cabeza y abrió los ojos con espanto. La mariposa levantó el vuelo con dificultad y se desplazó hacia adelante, agazapándose detrás de las cortinas. Manuela retornó a su asiento mirando a lado y lado, por si hubiera quedado pegado en alguna parte el desagradable polvo grisáceo de las alas, y se sentó con cuidado.

–Es de mal agüero ver una mariposa negra –le susurró a Martha al oído.

–¡Ay! No seas tonta, Ani. ¿Entonces se va a caer el avión? ¡Ayyy pues, qué miedo!

El sol del mediodía asomó por la ventanilla del avión encendiendo en brillo plateado la luz del día. Las dos hermanas abrieron ampliamente los ojos, como se lo había dicho la tía Emma, contemplando ese inmenso trozo de paisaje caribeño que se colaba a través del cristal. El mar que tenían ante sus ojos era más bello que los majestuosos cuadros cargados de naturaleza que habían visto en las hermosas postales